

Homilía en el Monasterio de San Juan de la Peña

24 de junio de 2007

Querido Sr. Arzobispo de Zaragoza, Rvdo. Padre Abad de Leyre y demás hermanos sacerdotes, Excelentísimas Autoridades de Aragón y Navarra, Caballeros y Damas de la Hermandad de San Juan de la Peña, Fieles cristianos laicos: a todos mi saludo cordial de Paz y Bien.

Hoy la liturgia de la Iglesia celebra, en oportuna coincidencia para nosotros, la fiesta de la natividad del Santo que nos convoca cada año, San Juan Bautista, y por eso hemos acudido a la cita de este día y en este lugar. La Hermandad de San Juan de la Peña se apiña en este acto entrañable y querido y nos acoge a todos en este viejo monasterio de tanta raigambre histórica y creyente.

En este día celebramos un cumpleaños especial. Normalmente de los santos lo que celebramos es su nacimiento eterno para el cielo, el dies nateáis, día del nacimiento. Pero hay tres excepciones: Jesús, María y Juan el Bautista. De ellos tres celebramos el día en el que nacieron gloriosamente en la casa del Padre Dios, y el día en el que nacieron terrenalmente en nuestra historia. En este caso lo hacemos del pariente de la Virgen y de Jesús: Juan el Bautista, que nació de los ancianos Zacarías e Isabel.

Jesús tiene una expresión llena de elogio hacia su primo Juan Bautista: que no ha nacido de mujer nadie más grande que él, dirá el Señor. No se trataba de un pipopo que quedaba en familia, sino de una certeza que atestiguaba la grandeza de Dios, que hace posible lo que para nosotros tantas veces es imposible. En efecto se trataba de un milagro el nacimiento de aquel niño: nacerá de una mujer estéril y anciana, ante el estupor de su anciano esposo que no se lo terminaba de creer. Y como blasón de credibilidad se dirá aquello: para Dios nada hay imposible.

A María se le dará esa señal para que crea que lo que de ella nacerá, aún siendo virgen, también será posible. Mira a tu prima Isabel, que ya está de seis meses la que llamaban estéril. Y María creyó. Estamos, pues, ante historias totalmente singulares que sólo y únicamente se han dado en el caso de estas mujeres parientes con el nacimiento de sus sendos hijos. Pero lo que supone como confianza, como fe, sí que es algo que nos afecta a nosotros: lo que para nuestras fuerzas e ingenio puede resultar imposible, se toma en posibilidad si nos dejamos iluminar por Dios, acompañar por su cercanía, dejándonos mover por lo que Él de tantos modos nos propone.

Juan Bautista nacerá con la misión profética de anunciar las buenas noticias de Dios y de denunciar todo aquello que ofende al Señor porque destruye a sus hijos. Él vino para preparar los caminos que el Señor frecuenta en nuestras vidas. Juan nació con esta misión, en ella creció y por ella dará la vida. Todo un recorrido que nos ayuda a nosotros, tantos siglos después a confrontar nuestra vida cristiana con los retos actuales en los que también se nos ha confiado una misión como hijos de Dios, como hijos de la Iglesia y como hijos de nuestra generación. Ahí está el reto que se nos plantea con empeño y creatividad para acertar en el testimonio de nuestra fe para nuestra época concreta. Y en un día como hoy, en la fiesta del Bautista, se hace particularmente sugerente nuestra celebración aquí en estas peñas del monasterio de San Juan.

Siempre sobrecoge al visitante o al peregrino que se acerca por primera vez a este lugar. Tiene un algo de magia, de testimonio antiguo y de verdad añeja lo que se puede percibir en este rincón de cultura, de historia y de creencia, esas que labraron quienes nos precedieron en la vida y en la fe cristiana. Como ya dije en mi primera celebración de esta fiesta, las piedras de este viejo monasterio de San Juan de la Peña podrían relatarnos el testimonio de los peregrinos buscadores de la hospitalidad, así como el testimonio de los monjes que habitaron este lugar. Unos y otros dejaron plasmadas en sus plegarias, en sus lágrimas y en sus esperanzas lo que se encierra entre estas paredes del siglo XI como secreto silencioso de mucha luz y de tanta paz, en quienes las buscaron y en quienes las custodiaban.

En este sitio emblemático, el testimonio de Monjes y peregrinos nos dice que Dios es amable y que fue amado, que fue buscado y que se dejó encontrar, que sus promesas latían con las más nobles exigencias que palpitan en nuestro corazón, y que por todo eso Dios no es extraño o intruso, sino alguien que acompaña al hombre con respeto, paciencia y con bondad.

Aquellos hermanos nuestros que nos precedieron en la fe y en el afán en este sitio, horadaron estas agrestes rocas de granito, para construir en ellas un hogar especial que fuera a la vez casa de Dios y remanso para el hombre. Y desde sus ventanales se divisa la belleza sin igual de una naturaleza inocente que nos grita a través de sus estaciones, de su policromía, de su estío o su frescor, la firma del buen Dios, su creador. Pero no sólo queremos regalar nuestra mirada con el precioso espectáculo de un paisaje único y conmovedor, sino acertar a asomarnos no sólo a la geografía, sino también a la historia que en este sitio un discreto cronista de tantas páginas memorables. Por eso resulta conmovedor volver a este lugar en el que por tantos motivos hallamos las raíces de nuestra historia cristiana de Aragón.

Permítaseme una cita de la reciente película del gran cineasta católico Mel Gibson, *Apocalypto*, que comienza con la frase de Will Durant: «Una gran civilización no es conquistada desde fuera hasta que no se ha destruido a sí misma desde dentro». Esta frase, que como alguien ha dicho tiene una lucidez que espanta, sirve de diagnóstico para nuestra época. No quisiéramos ser conquistados por nadie, y sin embargo queremos y podemos dialogar con todos los que quieren de veras dialogar, no en un encuentro vacío de compromiso y colmado de traición a la propia identidad, sino desde el leal deseo de ofrecer nuestra perspectiva católica en la vida pública, como quien comparte lo que a nosotros se nos ha concedido inmerecidamente de parte de Dios, cuya herencia y patrimonio, la Iglesia custodia, defiende, celebra y anuncia con fidelidad creativa y con apasionada pasión.

El otoño pasado tuve el honor de encontrarme en Zaragoza con la Hermandad de San Juan de la Peña en una cena-coloquio a la que amablemente me invitasteis. Entonces os recordaba cómo debe estar presente también la voz de la Iglesia en lo que Juan Pablo II llamó sugerentemente "areópagos", es decir, los lugares en donde hoy la vida de tantas personas y pueblos se decide. Por eso la vivencia cristiana en una sociedad secularizada tiene también este marchamo y esta urgencia: su presencia apostólica y militante en la plaza, en la política, en la escuela, en la sanidad, para seguir haciendo un tejido cultural que permita poner la luz del Evangelio no bajo el celmín de la clandestinidad, sino en el candelero de la historia.

Porque por tierra, mar y aire, se pretende cambiar el alma de la historia de un pueblo, y el "almario" de su geografía secular. Se reabren viejas heridas cuando con esfuerzo y generosidad iban tímidamente cicatrizando. Se hacen leyes por encargo en contra de la familia en aras de una demanda en la que no sabemos muy bien quién manda. Se juega con la paz no para erradicar eficazmente la violencia, sino para

acuñar la moneda con la que vender o comprar inútilmente y a cualquier precio un efímero poder. Cualquier bastión religioso, político o mediático que pueda suponer un entredicho o propiciar una legítima confrontación, será sistemáticamente acorralado, calumniado y zaherido. Y con indisimulado tesón, contra viento y marea, y sin ton ni son, se atacará a la familia y se ocupará la educación.

Con el debido respeto, pero con libertad libre y acendrada paciencia, seguiremos diciendo que no a los talantes sin talento, como decimos en Aragón. Hay sonrisas de oficio que no hacen ninguna gracia, hay brindis de moqueta que no pasan de ser brindis al sol, hay poses que a duras penas se quedan tan sólo en palabras vacías que se lleva el viento del oportunismo de ocasión.

Por este motivo, desde mi afecto por todos vosotros y con mi responsabilidad como moderador de la Hermandad por mi condición de Obispo de Jaca, os vuelvo a recordar que es preciosa la aportación cristiana y cultural que la Hermandad de San Juan de la Peña puede y debe seguir haciendo a los propios miembros en primer lugar, y después a toda la sociedad aragonesa y española. El Papa y los Obispos tratamos de iluminar y acompañar a nuestro pueblo y a la sociedad con nuestras palabras (que resultan ser tan vulnerables y tan fáciles de acallar en los medios de comunicación hostiles), por eso es necesario que quienes como laicos cristianos estáis en el surco de las cosas públicas, en vuestros trabajos y responsabilidades, en el compromiso político y social, toméis conciencia de que tenéis una palabra que decir como cristianos, como miembros de esta hermosa Hermandad de San Juan de la Peña. De lo contrario también a vosotros se os podría reducir tan sólo a una asociación que celebra vistosamente su día al año, sólo un día cada doce meses, pero que luego no construye algo nuevo, creativo, audaz y apasionado, que como cristianos hermanados podrían levantar.

Desde las peñas de este viejo monasterio jacetano, invocando la intercesión de nuestro San Juan y conservando la memoria de quienes desde aquí partieron para hacer de la tierra aragonesa y española una tierra cristiana de paz, deseo que esta Hermandad, no sólo tenga una bella historia que contar, sino un comprometido presente que construir y el mejor futuro que aguardar. Así lo pido a nuestro Señor San Juan en la fiesta de este año, en la que con gozo agradecido y emocionado, como hicieron algunos Obispos predecesores míos, voy a ser admitido como miembro en esta querida Hermandad de San Juan de la Peña.

El Señor os bendiga y os guarde.

+ Jesús Sauz Montes, ofm
Obispo de Jaca
24 de junio 2007